

Para mí está bien pensar boludeces.

Diálogos y premisas acerca de los vínculos entre arte y espectadores*

Jimena Inés Garrido

Profesora en historia, doctoranda en antropología (UNC). Performer, directora teatral, especializada en los Estudios de la Performance, agitadora cultural.

Cuando trabajamos en el campo de la producción artística, pretendemos ser reconocidos por *otros* en tanto artistas. Darle el nombre de arte a ciertas cosas que hacemos es pretender participar de un campo de acción que nos interesa, nos conmueve. Pero aquí aparecen las primeras tensiones: ¿reconocidos por quién?, ¿reconocidos por cuántos?, ¿reconocidos cómo?

Hacer comunidades minúsculas donde vayamos, con lazos de afinidad, delineando rasgos simpáticos es una idea apetecible. Pero cuando en una muestra o exposición nos encontramos con los amigos, colegas, alumnos, familiares, burócratas de siempre, resulta fastidioso. Más aún

cuando necesitamos ingresos monetarios mayores para solventar nuestras vidas de artistas. Las monedas también son apetitosas.

Resulta tentadora también la idea de trascender nuestras inquietudes particulares. Tienta el placer de ser mimados por multitudes embriagadas con nuestros dibujos, tienta la posibilidad de que nuestra obra sea gritada como un gol mundialista sudamericano, que reinvidique a los antiguos oprimidos. Pero semejante tentación se ve interrumpida por el fantasma de estar negociando con un “sistema imperialista de gustos miserables”.

Ante tantas contrariedades, para pensar los vínculos entre artistas y consumidores actuales o potenciales de arte necesitamos enfrentarnos a nuestras fantasías y a las de aquellos con quienes interactuamos en nuestros

* Este artículo fue escrito en el fervor del mundial de fútbol del año 2014, de allí varias de sus expresiones y reflexiones futboleras.
[Nota de la autora]

trevistados fueron “naranjitas”¹¹, quienes cuidan los autos desde hace más de veinte años en el Pasaje Revol, donde se localiza esa casa. Transcribo parte de la conversación que tuvo lugar en una helada noche de julio:

B: ¿Y usted conoce la Casa 13?

E: Sí, ¿cómo no la voy a conocer? Un día habían juntado un montón de hojas de esas que están ahí y tierra, y me dice: “vení negro, vení a ver lo que es esta obra”. “Ya voy a ir, loco”, le digo, “lo que pasa es que tengo muchos autos, ya voy a ir”. Y tanto me insistió, que fui. Entré; no había ni mierda. ¿Qué voy a ver, hojas? “Sssssss”, se sentía. “Sentí sentí.” “Sí, sí, sí”. Qué sé yo qué mierda era.

E2: El viento de las hojas secas.

E: Había un bonsai chiquito, así, que habían puesto en la punta de una montaña. “¿Qué pelotudez es esta? No entiendo ni mierda”. “¿Sabés lo que es?”, me dice, “es el sonido del aire”. “Pero andate a la mierda, mirá la boludez...”. Otra

cotidianos. Todas incoherentes. ¿Quiénes son los *otros* con quienes compartiremos nuestra obra y acción? ¿Quién soy *yo*? Dejadas de lado las nociones cerradas y unitarias de persona o grupo, los *otros* y los *yos* son demasiadas cosas dinámicas como para ser pensadas de esa manera. Imposible entrar en los vínculos desde ahí. En realidad, capaz sea más fácil y más agradable encontrar ciertas nociones de quiénes eran ellos y quién era yo revisando *post facto* las maneras de relacionarnos que establecimos en alguna ocasión.

Hace poco me invitaron desde Casa 13 (una casa de producción, indagación e intercambio en arte en Córdoba, Argentina) a realizar entrevistas a personajes que de alguna manera estaban involucrados con la Casa y sus historias, enmarcadas en un proyecto de libro. Dos de los en-

¹¹ Los y las naranjitas son personadas que cuidan autos estacionados en las calles, a cambio de dinero. La suma a veces corresponde a un monto fijo por hora, otras veces es a voluntad del dueño o dueña del auto, y siempre es fruto de la negociación entre las o los dos. Los y las naranjitas son conocido/as con ese nombre por el color del chaleco que usan.

vez me llamaron, porque era noche de brujas.

E2: Noche de Haloween.

E: Había un zapallo que le habían hecho unos ojos, todo pintado de rojo, una radio Hitachi chiquita pintada de rojo, una maquinita de afeitar también toda pintada de rojo. Todas boludeces así. "Estos son más locos que la mierda", salí y me fui a la bosta. Dos veces entré no más.

B: Bueno, pero vio que la vida está llena de boludeces.

E: No, no, no, escuchame, de mi punto de vista. Yo no conozco nada de eso. Para mí eso es una huevada, pero para otra gente será una admiración, será lindo, qué sé yo. Yo no entiendo....

B: Para mí está bien mirar boludeces, aunque no dejan de ser boludeces. ¿Usted qué admira?

E: Me gusta ver cuando la gente baila tango, baila salsa, y yo no lo sé. Me gusta mirarlo, pero no ensayarlo. Yo soy un negro cuartetero, yo nací con el cuarteto.

(...)

B: ¿Y, si lo invitan a hacer una obra de arte, iría?

E: Noooo, yo no, no sé escribir "papá" con una tiza...

B: No hace falta escribir. Pue-

de juntar hojas de otoño...

E: Nooo, estás loca vos. Yo hago lo mío, lo demás que lo hagan los otros.

El camino tal vez sea seguir haciendo las boludeces que nos gustan. Pero me parece útil tener algunas guías para la acción de boludeces que nos permitan pensar-hacer vínculos que difieran con lo conocido. La familia heterosexual ha mostrado su fracaso con altos índices de infelicidad a lo largo de la historia; probemos otra cosa urgente. Voy a detallar aquí algunas premisas que desprendo de las conversaciones con los hombres naranjitas.

Estaría bueno asumir que, al fin y cabo, todo lo que hacemos son boludeces imprescindibles, como visitar un bazar chino, comer pizza, ponerle ojos a una calabaza, cuidar un auto, recorrer un museo de ciencias naturales, votar, ir al cine, tener un bote para navegar por internet, descansar en un jardín botánico, arengar en una cancha futbolera.

Estaría bueno seguir haciendo aquello que nos llama (como fuego), que viene desde lejos, que casi no nos pettecece. Estaría bueno seguir haciendo aquella boludez para la que estamos preparados y hacerlo con dedicación, concentración, precisión, con atención a los alrededores y con retribución inmediata. (Tengo un amigo que se llama

Llamarada, lo conocí en el monte a 35 km de mi casa. Su hermano me contó que todos los días va a visitar a un paisano que tiene un puma embalsamado en su casa. Con él no hablamos, solo fumamos. Casi todo lo que sé acerca de lo que no sé sobre este mundo -incluyendo los vínculos entre el arte y sus consumos- lo aprendí de él).

Estaría bueno enlazarnos y ganar espacios. Estaría bueno pensar que las artes hoy tienen una misión, y esa misión es trascender nuestras mezquindades para conectarnos con otros campos de acción, buscando hacer un gol sudaca gritado por comunidades pequeñas reunidas en multitudes de pumas. Estaría bueno trabajar por esta misión en estado de embriaguez, el único modo -para Benjamín (1928)- de conectar lo más remoto con lo más próximo. Estaría bueno hacerlo con la fuerza del misil.

Estaría bueno que nuestros preceptos y premisas puedan ser rápida y ágilmente modificados por los vientos del sur. Estaría bueno no enquilosarnos en las maneras de hacer, de vincularnos. Nos permitamos la duda como estandarte. ¿Qué pregunta nos estamos haciendo? ¿Con qué materiales? ¿Cuáles son los efectos?

Estaría bueno gestar vínculos lentos, parar la pelota y dejar de hacer desesperadamente. Usemos la desesperación a fa-

vor de los muertos en batallas, envueltos en nuestras banderas más queridas. Nos olvidemos del arte y de nosotros mismos para fortalecernos. En sueños, nos volem la cabeza con un disparo, nos veamos yacer, para sólo después despertarnos. Así lo hizo Benjamin.

Asumamos que el público allá no existe y que es imposible pensar cómo vincularnos con él. “Amo el pensamiento indígena, el pensamiento de un otro que afirma la vida del otro como implicando un otro pensamiento, y que es capaz de pensar sin puritanismo intelectual la identidad profunda entre antropología y antropofagia” (Viveiros de Castro: 2013: 81). Intentar conocer al otro implica un acto de devorarlo y ser devorado. Buscar, pensar, realizar el consumo de una obra, sin importar el paradigma en el que se encuadre, nos convierte en perfectos caníbales.

No nos paralicemos, no claudiquemos. Charlemos con los hombres naranjas, las mujeres pumas y las mujeres llamas. Desarmemos las pobrezas. Definamos lo que es la lluvia obvia. Practiquemos nuestros artes en los bosques del barrio que nos toca habitar. No dejemos moralejas, menos si se trata de la moraleja de no dejar moralejas. No congelemos preceptos, no convenzamos, no insistamos, lancemos una flecha profunda que atraviese todos los rincones, que sea ineludible.

Por favor, no hagamos arte cuartetero, ni le expliquemos al negro cuartetero lo que es arte, ni lo invitemos a hacerlo. Se los pido yo, que soy un negro cuartetero desde hace veinte años. Además, les pido que no vendan más choripanes en las exposiciones y que pongan cuarteto a todo volumen, que es nuestra música popular. Es hora de bailar y dejar de pensar boludeces. Le peguemos un tiro en la cabeza de nuestra mejor obra y pongamos un precio irrisorio para los invitados al funeral. Necesitamos lograr vivir de las boludeces que nos gustan y que nadie sea dueño de nuestras tardes de otoño.

Juntemos hojas de invierno, bailemos tango y sintamos el sonido del aire. Si esto se vuelve vanidad, sigamos intentando cosas más fervorosas, como juntar

hojas de invierno, bailar salsa y sentir el sonido del aire.

El mundo grita la necesidad de cambiarnos. Se siente en el aire. ¿Sentís?

SSSSSSSSSSSSSSSSSSSS

No escribamos más máximas. Dejemos de pensar boludeces.

SSSSSSSSSSSSSSSSSSSS <<

Referencias

Benjamin, Walter (2012). *Dirección Única*. Traducción de Juan J. del Solar y Mercedes Allende Salazar. ePub.

Viveiros de Castro, Eduardo (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Bs As: Tinta Limón.